

FRANCO Y EL MOMENTO INTERNACIONAL

La posición de España, con relación al momento internacional la ha trazado meridianamente nuestro Jefe de Estado en el gran discurso con que abrió la nueva legislatura. Es la nuestra una posición integradora dentro del esquema en que se organizan las fuerzas de la libertad al servicio del hombre y su destino trascendente. Hemos contribuído como el país que más a la firmeza del mundo occidental contra el comunismo. Nuestra guerra—que fué una cruzada desde el punto de vista espiritual y fué una guerra civil de Occidente, desde el punto de vista político—se desarrolló como una costosísima, pero victoriosa campaña en pro de la dignidad humana y en contra del imperialismo comunista. Franco ha dicho cosas sobre las que debiera reflexionar, en este crítico trance internacional, el llamado «mundo libre». He aquí sus palabras: «Sin nuestra victoria, España entera sería comunista y la Península Ibérica hubiera constituido en los cinco últimos lustros el factor más eficaz y estimulante para la proyección del comunismo sobre Hispanoamérica y la base de alzamiento del marxismo sobre el continente africano, como consta documentalmente en los textos del Komintern sobre las sucesivas fases de la expansión del comunismo ruso, que al ser derrotado en España se vió forzado a revisar sus bases logísticas y sus esquemas operativos.» Franco puede con toda razón decirles a los que todavía no se han percatado plenamente del peligro en que se encuentran: «Sin nuestra victoria el curso de la última conflagración internacional hubiera sido distinto.» Y no es agria ni agresiva esta actitud—como ha dicho injustamente *The Times*, de Nueva York—, sino la que corresponde a la serena compulsación de los hechos y los documentos. Y por eso no peca de excesiva la tesis de que los «aliados occidentales» no han correspondido suficientemente al esfuerzo que España puso—centenares de miles de muertos y toda su economía arrasada—al servicio del patrimonio común de Occidente. ¿O es que al *The Times* le duele—como le duele al ingrato—que le recuer-

den una cosa tan obvia como que Occidente no ha saldado todavía la deuda que continúa teniendo con España?

Porque podemos con todo derecho los españoles decir que «no somos deudores, sino acreedores». Aunque muchos de los gobernantes del llamado mundo liberal pretendan ignorarlo. Nosotros no somos quienes les van a decir a los otros pueblos de la comunidad occidental el régimen a que se han de conformar. Por el contrario, son algunos de esos pueblos—y el *Times* neoyorquino como portavoz—los que no cesan de pregonarnos la necesidad de que nos «democraticemos», es decir, que levantemos la guardia que un día hubimos de cerrar contra el comunismo. Franco les ha recordado a esos consejeros algo elemental: «Los caminos por que en cada pueblo discurre la política son en sí respetables y no tiene derecho ninguna nación a inmiscuirse en la vida interna de los otros.» Todavía no acaban de enterarse ciertos gobernantes occidentales ni sus mentores de que el «estado de avance y de progreso político de las naciones suele ser distinto y por eso es aventurado el juzgar a otros por lo que ocurre en casa». Hay, sin embargo, gobernantes y ninfas Egerias de ellos que querrían uniformarnos por un patrón político a todos. No comprenden, por ceguera o frivolidad mental, que «el pretender exportar e imponer sistemas, es siempre expuesto a ruidosos fracasos, que todo pueblo viril, por otra parte, rechazará». Es pueril—ha dicho Franco—«pretender homogeneizar lo que se presenta distinto». El remedio de los males de Occidente no es ése. Lo que hay que hacer es «construir sobre lo que une y es común, en consideración y tolerancia hacia lo que nos diferencia o separa. ¿A qué viene ni qué sentido de la realidad tiene esa manía de comercializar los sistemas de gobierno para exportarlos como neveras o automóviles? Muchos de los males que la sociedad internacional moderna padece se deben a querer imponer a los otros los conceptos propios cuando muchas veces, por viejos y fracasados, no ofrecen la menor firmeza», nos advierte el Jefe del Estado español. Torpe resulta, en todo caso, que el llamado demoliberalismo se comporte, en este aspecto, de la misma manera imperialista que el comunismo, queriendo implantar su régimen en los demás países. Piénsese que «lo que es bueno y eficaz en materia política, no necesita de imposición ni propaganda; los propios pueblos lo buscan y temprano o tarde acaban implantándolo».

España no representa un factor de distorsión para ninguna estructura permanente de cooperación en la esfera occidental. Pues «nuestras diferencias en lo político con muchos países de Occidente, no son porque persigamos distinto objetivo, sino que por haber vivido más de prisa, nos encon-

tramos mucho más adelantados», contesta Franco a quienes se han erigido en nuestros pedagogos. «Nosotros volvemos cuando todavía ellos van.» Hay que ser objetivos y realistas. No juzgar por nosotros y nuestros modos a los demás. «El respeto mutuo, indispensable para la convivencia entre las naciones—advierde Franco—, sufre crisis cuando la política de los Estados se proyecta al exterior, invadiendo las áreas privadas de otras naciones.» Exacto. Y en ello debieran meditar nuestros censores. Porque no deja de ser sintomático que, con relación a España, coincidan Rusia y ciertos círculos políticos occidentales—y aun dirigentes que se adjetivan demócratas—en quererla conformar a unos moldes que ya estuvieron a pique de hacer de nuestro país la segunda república comunista del mundo. La pretensión rusa está sobradamente justificada. Pero la de los otros gobiernos y círculos políticos o partidos de Occidente se nos aparece como una muestra de la locura o la tonta ingenuidad que en su día entregó a la voracidad de los soviets a media Europa y a los dos tercios de Asia. El «rooseveltismo» perdura y está haciendo estragos, como un caballo de Troya que se ha metido dentro de Occidente. Franco ha puesto el dedo en la llaga al señalar que «el comunismo no teme a los Estados liberales, porque la debilidad congénita del sistema liberal le permite ir deshojando la alcachofa; se irrita, en cambio, ante los Estados confesionales anticomunistas que, por conocerle su filosofía y sus métodos imperialistas y agresivos, oponen idea a idea, disciplina a disciplina, eficacia a eficacia, soluciones concretas a promesas utópicas y fronteras libres a telones de acero».

Es preciso, por otra parte, que los poderosos de Occidente se percaten de que la lucha contra el imperialismo comunista no se resuelve solamente con «dos remedios de una asistencia económica a las naciones en peligro, si no va acompañada de una renovación política, de una nueva fe que arrastre y que captive, y que no se abandone ninguno de los resortes para conseguirlo». Estamos a tiempo de rectificar. El Occidente posee en su interior fuerzas suficientes para acabar venciendo en la magna batalla entablada. Pero ha de obrar con los ojos puestos en el futuro y no en el pasado. Si se dedica a «bizantinizar» su política, si vuelve el rostro atrás como la mujer de Loth.—sin querer abandonar la corrupción y la vida muelle de Sodoma y Gomorra—quedará convertido en «estatua de sal». El hieratismo ideológico, los partidismos décimonónicos, el aferramiento a las fórmulas políticas económicas, sin atender a las corrientes de la vida y del espíritu, constituyen los obstáculos a la gran empresa de poner a punto las estructuras de Occidente para que se adecuen a los tiempos y puedan ganar la batalla de la:

guerra fría, que es probablemente la batalla en que el comunismo piensa lograr su triunfo. Porque conviene notar—nos avisa Franco—que «la siempre posible guerra universal, por la gran catástrofe general que entrañaría, va perdiendo actualidad, mientras las pequeñas guerras se acusan como facetas de la gran batalla política que Rusia está librando contra el Occidente». Y en esas pequeñas guerras, además de luchar Rusia con sangre ajena, va introduciendo sus ideas, su influencia, su sistema, por fin. La experiencia reiterada nos lo está demostrando: Corea, Vietnam, Laos, Cuba...

Por ello, hay que adoptar la táctica y la estrategia apropiadas para esas guerras dispersas que Rusia mueve. Y, naturalmente, tal empeño exige una sustancial modificación de los estilos políticos y de los comportamientos económicos de Occidente. También en este punto creemos sensato oír a Franco: «El momento no admite mixtificaciones; defender la civilización occidental no es defender el capitalismo; el capitalismo es precisamente la carga que el mundo occidental padece.» Se impone la implantación de sistemas de justicia social, lo mismo en la esfera de cada nación que en la esfera global de Occidente. Porque casos como el de Cuba pueden repetirse si los poderosos de Occidente obran con el cerrado egoísmo de beneficiarse a sí propios, con olvido de los demás. Bien están los movimientos integradores, pero a condición de que se hagan sin daño ajeno. Pues «a ningún país le agrada—ha dicho Franco—ver impedida su expansión industrial, condenado a exportar sus excesos de personal a realizar los trabajos más ínfimos de otros países». La igualdad de oportunidades es una exigencia no solamente en el orden privado, sino también en el orden internacional. Mientras haya pueblos Epulones y pueblos Lázaros, el comunismo tendrá en su mano el argumento decisivo de propaganda subversiva.

ESPAÑA Y SU POSIBLE INTEGRACION EUROPEA

Nuestro país se ha convertido en centro de interés diplomático y económico durante las semanas pasadas. Aludimos a las visitas del vicescanciller alemán Erhard, del viceprimer ministro británico Butler, del secretario británico del *Foreign Office*, Lord Home, del ministro argentino del Interior, Vitolo (al frente de una delegación). Y no olvidamos la visita de Antoine Pinay, por el relieve que en Occidente tiene el ex jefe del Gobierno francés y la repercusión que sus actos y palabra conservan todavía en el ámbito europeo.

Naturalmente, estas visitas han suscitado muy diversos comentarios. Ya

se sabe que España sigue siendo piedra de escándalo en la que tropiezan no solamente las izquierdas liberales del mundo, sino también ciertos sectores de la democracia (en sus múltiples adjetivaciones) y, desde luego, los totalitarismos comunistas. De unas palabras de buena voluntad pronunciadas por Butler en Madrid se han hecho montañas de comentarios. Y ¿qué dijo el político británico? Pues unas cosas tan obvias (para cualquier hombre de gobierno, con sentido de responsabilidad europea) como éstas: que España «siempre ha representado un factor esencial en el mundo occidental», y que «era una lástima que se hubiera mantenido a España tantos años al margen de la vida internacional». Ante estas frases, se han rasgado las vestiduras farisáicamente los laboristas—cuyo portavoz en el Parlamento, Healy, quiso arrancar de MacMillan una condena de su lugarteniente, aunque fracasó en el propósito. Hombre tan experimentado como Butler no es de los que suelen una imprudencia en público al final de un banquete. Además, las expresiones arriba citadas se dieron a la Prensa en España después que el propio Butler vió el texto de la referencia tomada por los periodistas. Y por si quedara alguna duda, el propio Butler confirmó, días después, desde Granada, a un periodista inglés la exactitud de las palabras que respecto al papel de España se le atribuían. En otro pasaje de su discurso de Madrid, expresó Butler el criterio de que España debiera ser «totalmente incorporada al mundo occidental». Y esta posición de Butler quedó corroborada en la Cámara de los Comunes por el Primer Ministro MacMillan, al replicar a la oposición laborista y decir que no tenía nada que objetar a su lugarteniente.

Nuevamente el tema de la posibilidad de integración de España en la O. T. A. N. ha sido apasionadamente aireado por los periódicos europeos y discutido de una manera obcecada y partidista en el Parlamento de Londres. El fanatismo de las izquierdas—ya lo dijo nuestro Unamuno—es el más cerrado e injusto. Y ese fanatismo está colaborando eficazmente con los soviets a que la unificación económica, militar y espiritual de Europa no sea una realidad. Nadie más interesado que Moscú en que Europa siga dividida y en que haya vetos contra este o el otro país europeo. La división de Europa es la debilidad de Europa. Y esta debilidad le está impidiendo a Europa convertirse en un bloque sólido de poder que zanjase, como tercero en discordia, las disputas más agrias que en estos momentos ponen en peligro la paz del mundo.

La tesis de Butler quedó subrayada por Lord Home en las conversaciones con nuestro Ministro de Asuntos Exteriores. Por el comunicado conjunto

que de ellas se publicó, sabemos que ambos Ministros examinaron «en un ambiente de sinceridad y franqueza, el panorama de la actual situación internacional» y hubo «coincidencia de ambas partes en que la unidad y la cohesión son las condiciones previas de la fortaleza del mundo occidental y la garantía de su supervivencia sobre cualquier crisis». En otro orden de cosas, los dos Ministros abundaron en la idea de que «la amistad entre los dos países no debe ser circunstancial, sino duradera». Ya es sintomático que haya sido ésta la primera vez que un Ministro británico de Asuntos Exteriores realiza una visita a España como invitado del Gobierno español. Hay, pues, motivos para creer que las recientes conversaciones entre España y el Reino Unido han de dar comienzo a una nueva etapa en los tratos hispanobritánicos, tanto políticos como de todo orden. El Gobierno de Londres, a juzgar por su actitud ante los ataques de la oposición, parece resuelto a no dejarse intimidar ni desviar del camino emprendido. España es hoy una baza fuerte. Y Lord Home—en representación del Gobierno británico—lo ha reconocido así, como lo reconoció antes el vicescanciller alemán Erhard. Las conversaciones hispanobritánicas no limitaron su campo. Lord Home trató con nuestro Jefe de Estado y con nuestro Ministro de Asuntos Exteriores un amplio temario: movilización de las fuerzas económicas del mundo occidental, integración posible de España en alguno de los bloques económicos (Mercado Común o Asociación de Libre Comercio), inversión de capitales extranjeros en la economía española, cuestiones políticas africanas, mejoramiento general de relaciones hispanobritánicas, etcétera.

El señor Pinay, durante su asistencia en Madrid a las reuniones del Comité Francoespañol de intercambios técnicos, ha dicho en unas declaraciones al diario *Ya*: «Creo que España debe formar parte de las instituciones europeas.» Y ha añadido Pinay: «Estamos convencidos de que a España le interesa ingresar en el Mercado Común y que al Mercado Común le interesa el ingreso de España, porque no podemos concebir una Europa sin España.» La postura de Pinay, un estadista de talla europea, tiene un profundo alcance y demuestra el cambio que, de un tiempo a esta parte, se ha operado en las mentalidades responsables. No es España la que ha pedido el ingreso en ninguno de los organismos continentalizadores de Europa; son los hechos los que perentoriamente reclaman ese ingreso. Incluso en el terreno de la defensa colectiva, la posición y la fuerza de España se están haciendo imprescindibles en una estrategia global que necesita de ancho espacio geográfico para el despliegue y movimiento logístico de sus medios de combate.

Actualmente, las unidades estratégicas de la O. T. A. N. no pueden ya realizar plenamente sus maniobras por falta de profundidad para el escalonamiento. Y, por consiguiente, no se pueden preparar debidamente para cumplir su finalidad defensiva. El suelo y el cielo españoles son necesarios.

De trascendencia práctica—y no sólo expresión de una actitud—ha sido la visita del vicescanciller alemán Erhard. Quien, por cierto, hubo de expresar su sorpresa—grata para él y para nosotros—ante las realidades y los gobernantes de España. He aquí ya justificada la visita, aunque no hubiese tenido otros efectos. Pero los ha tenido. Sin pecar de exagerados, cabe prever un hondo y favorable cambio en las relaciones hispanogermanas hacia el mañana. Se deduce del texto mismo del comunicado oficial de las conversaciones. Por lo pronto, se ha firmado entre ambos países un convenio de cooperación económica. Las conversaciones se desarrollaron en un ambiente «de gran sinceridad y amistad» y abordaron de cara y «con toda amplitud los problemas relativos a la integración europea». Se puso de manifiesto entre los interlocutores (Erhard-Castiella, Erhard-Ullastres, Erhard-Franco) «la coincidencia de pareceres en cuanto a que la solución de una Europa total es inconcebible sin la presencia de España, que tras estabilizar su moneda con éxito completo ha emprendido ya un proceso de liberalización económica». Y una cosa que debe importarnos, por los fines concretos a que apunta: «Dado el significado excepcional de la Península Ibérica en el aspecto político, económico y cultural dentro de Europa, *es imprescindible fortalecer a un ritmo acelerado la capacidad de producción de España* en el orden económico.» (El subrayado es nuestro, naturalmente.) Para el aceleramiento de la capacidad económica de España, «el Gobierno federal—prosigue el comunicado—está dispuesto a colaborar en esta tarea, poniendo a contribución su experiencia técnica y económica y abriendo el acceso de España al disfrute de la ayuda en capital a largo plazo». El realismo vital de Erhard y su rapidez de comprensión de los problemas económicos ha sintonizado prontamente con las iniciativas españolas. Y así el comunicado prevé que, a los fines de la ayuda alemana a nuestro país, «serán examinados inmediatamente los proyectos presentados por el Gobierno español para aumentar la productividad de la economía española, con objeto de que puedan llevarse a la práctica dentro de la colaboración hispanoalemana».

Para esta colaboración hay campo ilimitado. Siempre será mejor que en vez de ir trabajadores españoles a Alemania—como están yendo por millares, y ello no deja de crear problemas sociales de adaptación y de otro

orden allí y aquí—, vengan capitales y máquinas de Alemania a España para dar trabajo a nuestros hombres y contribuir a nuestra nivelación económica e industrial con Europa. Los intercambios de bienes entre Alemania y España son ya ahora de la mayor importancia. Alemania es nuestro principal cliente en la compra de los frutos típicos de la exportación agrícola española. A su vez, nuestro país recibe una creciente afluencia de turismo alemán. La colaboración hispanoalemana se hace más fácil por la coincidencia de puntos de vista entre ambos pueblos acerca de los problemas capitales de Europa. Nuestro Ministro de Hacienda lo sintetizó así, dirigiéndose a Erhard: «Nuestros son sus principios sobre la libertad del mercado; nuestros son sus principios sobre la integración europea; y, en realidad, nuestras son todas sus teorías.» Noblemente, el doctor Erhard expresó entonces su sorpresa por haber hallado en España una mentalidad económica distinta de la que él se había imaginado. Y matizó su pensamiento poniendo de relieve el sentido realista que había visto en el Jefe del Estado español y en sus colaboradores, lo mismo que en los hombres de empresa. Por todo ello, sin duda, Erhard se creyó en el deber de decir, ya de despedida, a los españoles: «Mi visita contribuirá a ayudaros en el desarrollo económico de vuestro país para que todos juntos hagamos una Europa más feliz.» Con relación concreta al Mercado Común, Erhard nos ha venido a decir: «Ustedes están llamados a tomar una decisión; no es preciso que la tomen de un día para otro, ni mucho menos precisamente ahora, cuando todo en Europa está en movimiento; les recomiendo que por el momento se limiten a observar la situación, pero quedarse fuera es imposible.» Y añadió: «estamos dispuestos a ayudar a España en su camino hacia el progreso».

Celosos de la posible entente económica hispanoalemana, algunos periódicos franceses han lamentado que Francia no se hubiera adelantado a la iniciativa de Erhard de incorporarnos a la comunidad Europea. «Es a Francia —dijo *L'Aurore*— a la que corresponde apoyar la candidatura de su hermana latina e inmediata vecina; ¿por qué motivo se ha abstenido?» También alguna prensa italiana ha mostrado su recelo ante el nuevo entendimiento hispanoalemán. Todo lo cual indica la perplejidad que todavía existe en los ánimos, cuando el nombre de España suena en el concierto internacional. Pero la realidad manda más que las ideologías y los partidismos, y ahora la realidad nos pertenece, si sabemos actuar con sagacidad y con flexibilidad.

SOLIDARIDAD INTERHISPANICA

La presencia del Ministro argentino del Interior, doctor Vítolo, al frente de una delegación numerosa y prestigiosa de altos cargos, ha servido para demostrar la reactualización vigorosa de la Hispanidad como fuerza moral del mundo libre. El motivo de inaugurar en la Ciudad Universitaria de Madrid una estatua al General San Martín, ha hecho patentes unos fuertes sentimiento de solidaridad interhispanica. Por encima de los siglos, se tienden la mano fraterna los fundadores—Mendoza, Garay—y los emancipadores de América—San Martín, Belgrano—, sin que existan ya recelos mutuos. Vítolo nos ha dicho: «Este encuentro entre España y América es ya definitivo». La fiesta nacional argentina, lo mismo que la semana de homenaje al filipino Rizal, se han celebrado con cordial fervor en la capital de España. ¿No es ello la clara señal de que se han superado las etapas para que la Hispanidad funcione como bloque de concordia en este Universo tan dividido? España festeja a los héroes de la emancipación y los considera elementos valiosos de la historia interhispanica, que es parte de su propia historia nacional. Y América y Filipinas honran con igual devoción a los héroes de la fundación que a los héroes de la emancipación. Esta intercomunicación de glorias tenía que llegar como exigencia recíproca de justicia y como base para que todos los países de la Hispanidad se consideren participantes en el mismo patrimonio de valores. Sólo así se forma la conciencia de comunidad que nos es necesario para concurrir—con poder de decisión—, como bloque de destino familiar, a las tareas de la política internacional. Por separado, cada uno de nuestros países tendría muy poco que hacer en esa política, y más bien seríamos objeto que sujeto de ella. Pero en comunidad representamos un factor imprescindible de la decisión internacional, sea en la O.N.U., sea en otros organismos colectivos. Como dijo nuestro Ministro Castiella en la comida que ofreció a doctor Vítolo, la historia nacional de cada país de la estirpe hispanica «pertenece al futuro de toda la comunidad». Y el doctor Vítolo hubo de replicarle, no sin honda emoción de criollo: «América es eternamente española». A lo que podemos agregar: Y España es eternamente americana y filipina.

ESPAÑA, TEMA Y PROBLEMA

En pocas semanas han visto la luz tres libros sobre España en lengua inglesa. Uno es de Arthur Whitaker (norteamericano), profesor de Historia de la Universidad de Pensilvania. Otro es de Hugh Thomas (inglés). El tercero es de Burnett Bolloten (también inglés). Whitaker pretende con su obra probar que la alianza con España es un mal negocio para los Estados Unidos. Thomas—que es laborista de izquierdas—ha pretendido hacer un relato documentado de la guerra civil española y, aunque mantiene una actitud parcial contra la «España Nacional» saca la conclusión de que no se puede jugar con el comunismo. En cuanto al libro de Bolloten, dice el crítico del «Times»: «Si queda algún escéptico que dude acerca de lo que los comunistas se proponían hacer—e hicieron—en España, es decir, juego sucio, entonces el hombre que se lo puede aclarar es Bolloten». Tanto éste como Thomas demuestran la participación rusa en nuestra guerra y desvelan las intenciones criminales del comunismo acerca de nuestro país. El tema español, en una u otra forma, sigue ocupando columnas en la prensa del mundo. Y nuestra guerra es objeto de análisis y estudio. Ello indica que fué más que una guerra civil; que fué el choque de las dos ideologías o dos mundos que hoy se enfrentan en la «guerra fría». Para los comunistas y sus «compañeros de viaje»—los demoliberales de izquierda y los socialistas—la derrota que les fué infligida en España, condiciona todas sus reacciones en contra de nuestro país. Y aprovechan cualquier incidencia para reactivar el ataque. Así, por ejemplo, han tomado pretexto de la huida del General Salan desde Madrid a Argel para atribuir a nuestro Gobierno connivencias con la sublevación de Challe y los demás militares contra De Gaulle. Por la misma deducción cabría decir que puesto que Challe y Zeller se le escaparon de Francia a Argelia a la Policía francesa, el Gobierno de París estaba en complicidad. Nuestro Ministro de Asuntos Exteriores formalmente desmintió tales infundios, tendentes a suscitar recelos entre Francia y España, y declaró que en ningún momento, durante la crisis francoargelina, el Gobierno español se había apartado de su «política de amistad leal hacia el Gobierno de la República Francesa». El corresponsal de «Le Combat» en Madrid, Jean Creach, se cree en el deber informativo de desmentir toda relación entre nuestro Gobierno y los sublevados de Argel. Creach expone una serie de pruebas, algunas como testigo presencial, de la correcta actitud de nuestro

TRANCE DE REAJUSTE

Gobierno. Y reproduce las terminantes frases con que el Jefe del Estado español rechazó al respecto los infundios de cierta prensa maliciosa o mal informada. La especie infundiosa de complicidad del Gobierno de España en la fuga de Salan la lanzó—desde París—el «New York Times», adelantado frecuente en estos menesteres, por un afán sensacionalista que no favorece nada su prestigio informativo. Es de justicia, sin embargo, resaltar la manera como ese mismo periódico, después de la citada paletada de arena, ha dado tres paletadas de cal con otras tantas crónicas de su corresponsal en Madrid acerca de nuestras provincias africanas. Benjamín Welles, que ha recorrido esas provincias, ve en ellas el éxito de la política española de integración de sus antiguas colonias en un régimen de «igualdad y prosperidad». Pocas veces el «Times» neoyorquino nos ha distinguido con su objetividad y por eso damos valor de síntoma a esta serie de crónicas sobre nuestras realidades.

En su afán insidioso y en su gusto por el chisme, cierta prensa extranjera parece estar a la caza de todo indicio o sospecha para indisponer a España con sus vecinos o sus amigos. Últimamente, esa prensa especuló con un imaginario alejamiento entre España y Portugal por el problema de Angola. La respuesta a tales cábalas gratuitas la dió Franco mismo en su discurso de inauguración de la nueva legislatura: «La paz, el orden y el bienestar del pueblo portugués nos interesan a todo el conjunto peninsular, que no podría concebirse con situaciones dispares o encontradas en cada una de las naciones». Y corroboró Franco: «Sus enemigos (los de Portugal) son nuestros enemigos». Por tanto, el Bloque Ibérico «no fué un recurso para cubrir una determinada etapa ni para hacer frente a unas circunstancias concretas y de limitado alcance en el tiempo, sino una convicción inalterable de que existen permanentes razones de necesidad y mutua conveniencia para que España y Portugal se mantengan unidas».

TRANCE DE REAJUSTE

El mundo occidental se encuentra ahora en un trance de reajuste. Kennedy parece irse percatando de que el Doctrinarismo no es el mejor modo de llevar a cabo una política de éxitos. Ya aludió el «Times» de New York a la improcedencia de la diplomacia de «Slogans», argumentando con que si los Estados Unidos pregonaban «Africa para los africanos», los aliados de la O. T. A. N. podrían malhumoradamente responder: Y Europa para los europeos. Nada peor que aplicar a la política internacional ciertos procedi-

mientos de la vida comercial. Los sistemas políticos no son productos exportables. Las ideas han de encarnar de modo diferente en cada nación. Los errores de Corea del Sur, de Cuba, de Santo Domingo, el gran error de África, no los pagan solamente los Estados Unidos; los pagamos todos los países de Occidente. Esto exige un nuevo tratamiento político de los problemas internacionales, estableciendo un régimen de consulta entre los países aliados, para que ninguno tome decisiones a espaldas del otro.

En su viaje por el continente de Asia—Viet Nam del Sur, Laos, Tailandia, Unión India, Pakistán—pudo el vicepresidente de los Estados Unidos, Jonhson, percibir el amargo resentimiento que allí había por la manera con que Washington ha sabido juzgar por su cuenta las realidades asiáticas, sin conocerlas a fondo, antes interpretándolas por criterios americanos, casi siempre lejanos del que llamaríamos «sentido de la situación». Imponer a los demás las fórmulas propias no es, las más de las veces, sino una variante del imperialismo. El «imperialismo democrático» puede resultar tan funesto como el «imperialismo totalitario», pues las fórmulas mal aplicadas conducen siempre al fracaso y aun a la catástrofe. Tanto más que en la pugna de los dos imperialismos suele prevalecer el segundo, por menos escrupuloso en los medios y por más ejecutivo. Ahí está el ejemplo de Cuba. Entre ocupar un país con tropas y ocuparlo con una ideología, ¿qué diferencia hay a los efectos de privarle de su autonomía? Por eso toda la delicadeza de procedimientos es poca, a fin de fortalecer la mutua confianza entre los países del mundo que no es comunista. Que del trato amistoso y continuo entre ellos irá surgiendo un modo de comportamiento político que vaya homogeneizando, sin pérdida de la personalidad de cada país, las estructuras políticas y económicas por unos patrones de libertad con orden y de justicia con libertad. Así será posible una integración beneficiosa para todos los pueblos libres, lo mismo los grandes que los pequeños, pues la integración sólo será deseable si es integración en la igualdad de nivel de vida y en los medios para el progreso.

I
ESTUDIOS

